



RECUERDOS DE UN AYER

SANTA CLARA Y SU ERMITA

JULIO GIL VITORIA

Aunque lejano en el tiempo ya, aún persiste en la memoria de muchos renterianos contemporáneos el recuerdo de lo que fue la Ermita dedicada a Santa Clara que estuvo al final de la calle que lleva su nombre, casi a extramuros de la Villa, separada de ella por la regata de «Xamakorreka», —ya cubierta— y a un lado de la vieja herrería de Lassalle.

Allí existía una vieja edificación, en la que años há estuvo el Hospital de indigentes, refugio de menesterosos y pobres de solemnidad, que antaño diera su nombre a la calle. La calle del Hospital entonces, y hoy, calle de Santa Clara.

De ello, de la calle del Hospital y del puentecito de una sola piedra, situado junto a la Ermita, hablaba Juan Ignacio de Gamón allá a principio del siglo XIX.

En la Ermita, sita en la parte inferior de la humildísima construcción, se hallaba una imagen de Santa Clara de Asis, nacida en esta ciudad italiana en el año 1194 y fallecida en 1253, que fue coetánea de San Francisco de Asis y que en vida del «poverello» fundó la franciscana Orden de las Clarisas.

De su instalación en aquel lugar hay muy confusas noticias,

y, sin duda alguna, con muy escasas posibilidades de verosimilitud, por la vaguedad de los datos que se poseen, por lo que sería muy de agradecer a quien los tenga, de fuentes fidedignas o fehacientes, nos los facilitara.

A la imagen de la Santa que allí se veneraba, presentaban las madres a sus hijos aquejados de pesadillas y alucinaciones, y se le atribuían también virtudes especiales contra las erupciones, y, en general, contra todas las enfermedades de la piel.

Recordamos los que ya, ¡ay! talluditos, que peinamos canas, que en nuestra infancia veíamos a muchísimas devotas, sobre todo aunque también hubiera representación del sexo feo, acudir a rogar a Santa Clara por sus intenciones particulares para impetrar su celestial mediación, apoyando sus oraciones, —«A Dios rogando y con el mazo dando»— con la aportación de un óbolo, que en su mayoría de las veces no rebasaba del importe de 10 céntimos, de aquellas monedas de cobre de entonces, siendo más comunes las de 5 y hasta de 2 céntimos, que llegamos a conocer, mezcladas con algunas, ¡rara avis! de plata de 50 céntimos y de peseta que la piedad y el conocimiento de las gentes procuraba lanzarlas lo más lejos posible para que los pícaros chavales, ¿cuándo no han existido?, las sustrajeran con la ayuda de una caña o un palo de escoba, a cuyas puntas añadían pegotes de galipot o bixka, para birlarlas a la vigilancia, bien celosa, por cierto de la serora que se desvelaba para conseguir ahuyentarlos, no siempre con resultado positivo.

La tremenda riada que sufrió Rentería en la mañana del día 16 de junio del año 1933, siguiente a la festividad del Corpus, que aquel año fue día laborable, destruyó por completo la antiquísima construcción, que no pudo resistir el empuje de las bravías aguas, y entre sus restos, totalmente enlodazada, pero sin mayores daños, una familia, residente en las cercanías del lugar, rescató la venerada imagen, que desde entonces se halla bajo su piadosa custodia, permanentemente ornada y cuidada, diríamos que con mimo y en perfecto estado de conservación, como pudimos apreciar muy recientemente en nuestra visita al domicilio del componente de la familia Esnaola Urquiri, que es de la que se trata, que la tiene entronizada.

De su estado actual, tienen referencia nuestros lectores por el documento gráfico obtenido por Agustín García que acompaña estas líneas, como asimismo de la ubicación de la vieja Ermita, ésta debida al pincel del notabilísimo artista renteriano, Jesús Martín Benito, fallecido en plena madurez, que la inmortalizó en un precioso cuadro que ha transmitido a la posteridad el encanto de su figura y entorno, con un valor informativo infinitamente superior a cuanto se pudiera decir y escribir sobre ella.

Esta imagen, de alabastro, de 88 centímetros de altura, hoy policromada con purpurinas de diversos colores, como decimos, se halla perfectamente conservada y sigue siendo el testimonio permanente de algo muy vinculado a muchas generaciones de renterianos, aunque las actuales por desconocimiento no sientan tal vinculación.

El lugar donde se hallaba enclavada la Ermita, hace mucho tiempo que dejó de ser un pequeñísimo solar, por formar parte de un enorme edificio que ha sustituido a las modestas construcciones que la festoneaban hacia la avenida de Navarra.



Pero, nos preguntamos, y la misma pregunta se hacen los renterianos amantes de las tradiciones de nuestro pueblo, ¿no habría por aquellos alrededores un espacio en el cual, recogiendo un ruego que ya en 1958 se hacía en la revista «OARSO», pudiese instalarse una hornacina, con una placa explicativa y conmemorativa, como signo de respeto a la Santa y la historia de esas tradiciones?